

tantes, en las más diferentes entre sí, por su situación geográfica o por la corriente tradicional a que pertenecen, y por otra parte ese pasaje deja también huellas en los antiguos escritores, no es a estos escritores a quienes hay que atribuir su origen, sino a la tradición común, que influye a la vez sobre los escritores y las liturgias. Esto es precisamente lo que observamos al analizar el texto de San Hipólito y al enfrentarle con toda la literatura litúrgica de los tres primeros siglos. Empieza por impresionarnos por esa gran unidad, que hace de él un todo, en el que se desarrolla armónicamente la idea enunciada en el diálogo del principio: *Gratias agamus Domino*, sin estallidos líricos, sin interrupciones corales, sin incisos ni paréntesis, sin otro contenido que el puramente cristológico, el indispensable para insertar en él una fórmula de consagración puramente escrituraria, sin añadiduras, que indicarían un momento avanzado de la evolución litúrgica. Pero hay algo más impresionante todavía; y es que esta fórmula se encuentra en Roma y en Etiopía, dentro de la Iglesia católica y en el seno de una primitiva secta antitrinitaria, que la adoptó con las correspondientes interpolaciones. Sus ecos parecen descubrirse en numerosas liturgias del Oriente y del Occidente, y hasta en los escritos de San Justino y en la Epístola de San Bernabé llegan a rastrearse reminiscencias suyas. Todo esto nos permitiría avanzar más lejos en el origen de esta fórmula eucarística y nos llevaría a adivinar su existencia en las comunidades del siglo I, con la aplicación del gran principio agustiniano: «Lo que tiene la Iglesia universal, y no fué instituido por los Concilios, fué con toda seguridad transmitido por la autoridad apostólica».

El principio es incuestionable, pero no son tan seguras las consecuencias que de él puedan derivarse. La dificultad está en ver si una cosa pertenece a esa categoría de lo que tiene la Iglesia universal. Aquí es donde podemos ser víctimas de una ilusión. Después de haber leído

el apretado y grueso volumen de Dom Paul Cagin dudamos de haber cogido el último eslabón de la cadena. Reconocemos la antigüedad venerable de este primer canon de la Misa, pero aún podemos preguntarnos: «¿Es tanta que pueda arrancar de la cárcel en que Pablo rezaba y consagraba atado al legionario que Nerón había puesto junto a él? ¿O del grupo de los discípulos alejandrinos, cuya vida describía Filón como gloria de la tradición mosaica? ¿O de alguna de las iglesias del Asia, cuya cabeza, cuyo guía, cuyo aliento era el discípulo amado?»

La duda queda en pie. Hoy prevalece la idea de que San Hipólito insertó en su libro un tipo puramente personal de oración eucarística. Tal vez le utilizó él mismo; pero podemos estar seguros de que no llegó a conseguir que se le aceptase en torno suyo, ni siquiera fué esa su pretensión, puesto que en ese mismo libro de la «Tradicción Apostólica» leemos esta advertencia: «No es necesario que el obispo diga precisamente las mismas palabras que yo traigo aquí, ni que tenga que aprendérselas de memoria para dar gracias a Dios. Cada cual debe rezar según sus posibilidades. Si está en condiciones de rezar con una oración larga y bella de su propia invención, perfectamente; pero si quiere decir la oración según una forma fija, nadie debe impedirselo. Lo importante es que la oración sea recta y ortodoxa».

Vemos, pues, que no existía aún un canon obligatorio; vemos que el sacerdote tenía libertad para improvisar, lo mismo que hoy el predicador. Pero de la misma manera que hoy hay sermones escritos, que algunos se aprenden de memoria, así empezaban ya entonces a correr oraciones eucarísticas, compuestas por personas autorizadas, siguiendo unas normas tradicionales. Y la primera de cuantas hoy conservamos es ésta del insigne sacerdote romano de principios del siglo III. Si no podemos ver en ella una obra de los Apóstoles, podemos considerarla al menos como el primer embrión de lo que, a través de una larga elaboración, cuya historia sólo